

El mundo está convulsionando. Los sistemas políticos aplicados hasta el día de hoy han resultado ineficaces, injustos, inequitativos y desequilibrados, pues benefician solo a una muy pequeña franja de la población y provocan malestar a la mayoría de los seres humanos.

Las estructuras políticas y los sistemas de gobierno se han basado en el egoísmo, la codicia y la envidia, por lo que no han cumplido con ministrar los satisfactores más indispensables a gran parte de la población mundial, provocando hambruna, desnutrición, analfabetismo, ignorancia, enfermedades, amén de la devastación de casi todos los recursos naturales, ecológicos, hidrológicos, de la atmósfera y del subsuelo, que cada vez nos acercan más al colapso de nuestro planeta.

Y lo que ha sucedido a través de los siglos es que el concepto de propiedad privada se elevó a la categoría de monarquía o imperio, para proyectarse mediante la conquista y la colonización hacia una irracional tarea de expansión territorial mediante operaciones militares.

La democracia como se practicó en la Grecia antigua, tiene que funcionar en la actualidad, pues en aquellos tiempos regía en una aldea o pequeña ciudad y en el presente deberá funcionar perfectamente como sistema político en la aldea global en la que nos estamos transformando, guardando proporciones.

El demos debe ser soberano y el cratos perfeccionarse, humanizarse y elevarse, pues la tarea política tiene —o mejor dicho— debe tener como fin final el bienestar de la mayor parte de la Humanidad.

La forma de gobierno debe sufrir cambios fundamentales. Ya no es posible la figura autócrata y monolítica del gobernante. Debe ser un gestor incansable de satisfactores para la masa popular, un procurador de bienestar obligado a combatir las necesidades más apremiantes de la población que está bajo su cuidado y que lo erigió como líder.

El status de gobernante debe desaparecer. Prevalecerá la figura del procurador de bienestar, surgido directamente de la base ciudadana.

El sistema de partidos políticos también tiene que desmembrarse, pues es una execrable estructura creada para que individuos de la elite gobernante accedan al poder, dejando sin oportunidad a la mayoría de los ciudadanos.

Las asociaciones de ciudadanos desplazarán a los partidos políticos, porque es en la base ciudadana donde se sufren y entienden los problemas más angustiantes y así mismo donde se conocen a las personas proclives al bienestar de sus pares. Es ahí, de donde por selección natural, emergerán los individuos que encabezarán la revolución pacífica que aplicará la amplísima gama de soluciones sencillas, que provoque la tranquilidad, la felicidad y la fortuna del linaje humano.

La imagen política no será generada artificialmente, sino por el contrario, se construirá en la observación de las

personas que accionen positiva y justamente a favor de sus congéneres.

La tarea del procurador de bienestar se basa en la ética de ejercicio, cuyos valores principales son la unión, la solidaridad y el respeto, pero partiendo de cada uno de nosotros como ente individual, para abarcar a la célula social, la familia y extenderse a toda la sociedad. Es inminente empezar esta tarea cuanto antes, habida cuenta de la inversión de la pirámide de los valores, en cuya cúspide, actualmente, se encuentra el dinero.

Los sistemas políticos cimentados en la codicia y en la envidia desaparecerán y, en su lugar se establecerán sistemas de bienestar con una estructura en la que prevalecerá la idea de proporcionar a las grandes mayorías las soluciones más simples a sus problemas más graves.

En el mundo político no se ha entendido que la mecánica para avanzar es la de dar a los demás lo que más les beneficia, debido a que las tendencias milenarias han ido exactamente en el camino contrario. El ser humano común tiene el gran poder para cambiar eso. Nunca lo ha sabido con exactitud, pero hoy debe establecerlo como viable y cierto.

Nada es como parece. Todo mundo ve al político como todo poderoso, pero el político de hoy en día sabe que su actuación lo limita extraordinariamente y esa limitación obedece a su falta de altruismo e imaginación.

El humano pensante moderno sabe que hacer el bien se transmuta en su mismo bien personal. Advierte que todo lo que hace a favor de las masas lo hace en su propio provecho.

Cuando crea formulas para el bienestar de la mayoría, se beneficia a sí mismo.

Los políticos de hoy deben ver a los demás como si fueran ellos mismos, deben quitarse de la mente que ellos son los poderosos y los demás sus súbditos. El poder del procurador de bienestar consiste en darles a los demás lo que quiere para él. En el momento en que el político tradicional comprenda eso y actúe en consecuencia, se convertirá, sin lugar a dudas, en un procurador de bienestar, en un verdadero benefactor.